

Corín Tellado

*Guerra
al amor*

COLECCION
CORAL



Buscaron la dicha por el camino más difícil.

El hombre quedóse pensativo, con las manos temblorosas cruzadas en la mesa, y los ojos fijos en la ansiosa chiquilla. Memi pensó: «Va a decirme que soy la excéntrica millonaria. Que sus reporteros han metido las narices donde no debían, y que en adelante no se ocupará de mí, dejándome hacer lo que me venga en gana...».

Entretanto Kid Mescall, sin dejar de contemplar el rostro ideal, no hacía por recordar nada, puesto que, además de tenerlo todo bien presente, no le quedaba tiempo para ello, teniendo ante sí aquella carita de rasgos delicados y el cuerpo estupendo de diosa pagana... Porque a sus ojos, Memi Kassins resultaba una mujer fantástica, con belleza un algo sensual, y expresión de niña ingenua... Dos cosas contradictorias, se dijo Kid con su «lengua pequeña», pero sin embargo no rectificó porque las creyó acertadas.

Capítulo I

Lento al andar, tenso el cuerpo, recta la mirada... Las manos hundidas en los bolsillos de su chaquetita de punto blanco; los pasos torpes, como cansados, igual que si el mundo entero fuera derramando todo el peso que pudiera contener sobre sus espaldas, ahora un algo inclinadas hacia el asfalto reluciente...

Penetró en un portal limpio y elegante y subió despacio las escalinatas de mármol, hasta llegar a una puerta caobada. Introdujo la llave en la cerradura y la puerta cedió lentamente.

—Las amigas esperan a la señorita en el saloncito.

La voz del criado no le hizo detenerse. Memi lo miró como ausente; después hizo un gesto vago con la mano.

—Ya voy, Sam.

Continuó caminando por el pasillo que parecía un espejo.

—¿Son tus pasos, Memi?

La muchacha de ojos extremadamente grises, casi blancos, perfiló su figura en la puerta, al tiempo que sus dos íntimas amigas se alzaban del diván para correr a su lado.

—¡Memi, cuánto has tardado! ¿Adónde has ido?

La chiquilla tomó asiento en una acolchada butaca, encendió un cigarrillo del que arrancó olorosas volutas.

—Salí a la aventura.

—¿Nada más?

Se encogió de hombros.

—¿Te parece poco, Tue?

—Para ti, sí. No eres de las que se dedican a pasear porque sí, con objeto tan solo de disfrutar de la tarde.

—¿Qué sabes tú!

Tue y Lauri, las dos inseparables de la millonaria, la miraron con fijeza, como si quisieran alcanzar más allá de la expresión cansada (cosa extraordinaria en la dinámica Memi) y bucear en aquellos ojos profundos y apasionados, ahora impasibles y quietos, hasta hallar lo que lastimaba a Memi, pero nada consiguieron. Aquellas pupilas permanecían quietas, sí, aunque se ignoraba si era desesperanza o alegría lo que expresaban muy calladamente. Memi se puso en pie.

—Voy a ponerme cómoda —dijo, yendo directa a la puerta del saloncito—. En seguida soy con vosotras.

Después cerró tras de sí, dejando a ambas amigas con los ojos interrogantes puestos los unos en los otros. Tue se alzó, comenzando a pasearse por la estancia. Encendió un cigarrillo cuya punta llevaba, una que otra vez, a sus labios, aspirando nerviosamente aromáticas bocanadas que luego expulsaba, dejando los ojos presos en las caprichosas espirales.

—¿Vas a desconcertarme tú también? Hoy ambas estáis insoportables —se condolió la dulce Lauri cruzando una pierna sobre otra y colocando la cabeza bonita en el cómodo respaldo del diván—. ¿Vas a decirme lo que piensas? —añadió—. Apuesto cinco contra uno a que estás pensando en lo que puede suceder a Memi. Desde ahora te digo que si ella no nos lo hace saber por las buenas, jamás llegarás a averiguarlo, puesto que Memi es una cosa hermética cuando lo desea...

Las dos eran bonitas. Altas, esbeltas; rostros limpios y frescos... Los ojos de Tue eran azules, destilando ternura y un algo de picardía, cuyo mohín hace más atrayente su rostro de facciones delicadas. Lauri también lucía en su carita mona gemas azules de expresión franca y leal. Nimbaba

sus rostros la cabellera ensortijada, rubia bruñida con destellos tornasolados...

Ahora Tue se colocó ante su amiga. Sus dedos se agarraron sobre el cigarrillo que a pequeños intervalos miraba distraídamente.

—La actitud de Memi no me causa sobresalto —dijo, quedito—. Hace días que veo en ella algo anormal. No se porta como siempre, no habla con la misma soltura de los anteriores días; no mira francamente como hacía antaño, no...

—No argumentes —cortó, burlona—. Cierto que veo en Memi una expresión rara, como si algo le hiriera muy hondo, pero no tanto como a ti te parece.

—Pues es así.

—Entonces, pregúntale.

—¿Crees que nos lo dirá?

—¿Cuándo nos ocultó nada? Hubiera sido esta la primera vez.

—Cierto.

—Pues entonces...

En aquel momento penetró Memi Kassins. Ambas amigas la miraron detenidamente. Cierto que los ojos de su amiga, siempre leales y francos, de mirada directa y firme, parecían ahora esconder un doble fondo, como si bajo la expresión quieta se ocultara un volcán de rabia y duda... También la boca fresca y húmeda, de labios sensuales, un poquito carnosos, rojos como una cereza, se crispaban casi imperceptiblemente en las comisuras. La frente tersa se plegaba aquella tarde en dos arruguitas, paralelas, y la ceja izquierda se alzaba como interrogándose a sí misma. Venía enfundada en un pijama de raso negro cuyo tejido se adhería a algunas partes de su cuerpo con voluptuosidad, con placer, igual que si fueran los brazos de un hombre que al tiempo de oprimir acarician... La cabellera leonada, de destellos bronceados, caía juguetona sobre la mejilla satinada,

algo pálida en aquella tarde en que el espíritu de Memi se hallaba excitado.

Era la más bonita de las tres. Tal vez no poseyera la belleza clásica de una Venus, pero en cambio guardaba en aquellas gemas grises, casi blancas a fuerza de ser claras, una vida intensa, una pasión arrolladora; la expresión de ellas, entre despreciativa y dulce, hacía más exótica la carita de rasgos que, aun con ser delicados, parecían más duros a causa de la vehemencia contenida que en distintas ocasiones asomaba a ellos...

Dejó caer su cuerpo esbelto y flexible en una acolchada butaca, colocando los pies en la mesita próxima. Después, encendiendo un nuevo cigarrillo, dijo, sin dejar de aspirar con fruición las aromáticas volutas:

—Laurence me ha plantado.

Aquel doble grito fue acompañado de un salto terrible por parte de ambas muchachas, cuyos rostros quedaron muy próximos al impassible de Memi.

—No puede ser cierto —dijo, casi sin voz, la estremecida Tue.

—Pues lo es.

—Te adoraba.

La risa de Memi salió de entre sus labios como si fuera un silbido que lastimaba la fina epidermis de sus amigas.

—Todos los hombres adoran hasta que llega la hora de la verdad.

—¿Y llegó?

—Sí.

Se puso en pie, quedando plantada ante las chiquillas, que, extrañadas, continuaban mirándola.

—Yo sí lo adoraba —dijo con entonación profunda y ronca—. Era el primer cariño de mi vida; el hombre que me enseñó lo que era el amor; el que robó mis albores juveniles...

—¡No digas eso! —protestó, enérgicamente, Tue—. Eres una chiquilla.

—Que ya sabe mucho.

—¡Nada!

—¿Nada? No me hagas reír. Lo sé todo; creo que soy una vieja con rostro de criatura.

Lauri la sacudió por los hombros.

—¿Cómo te atreves a decir eso? —reprochó, llena de ira—. Él no merece que te amargues de esa manera. Eres joven; en tu cara se refleja una belleza pura, inigualada. Laurence era un canalla, un egoísta, un... ¡Nunca me gustó!

—A mí, sí.

—Llegará otro que te guste más.

Y fue entonces cuando el rostro de Memi adquirió aquella expresión entre dolorida y dura.

—Te equivocas. Ese cariño ha sido el primero y el último. Desde hoy, para mí solo existirá el lema que me busqué y que siempre me acompañará: luchar contra el amor, hacerle una guerra encarnizada, cruel, total..., una guerra sin cuartel. —Quedóse erguida, pensativa. Luego irguió más el busto precioso y añadió, como siguiendo el curso de sus pensamientos meditados con anterioridad—: Sin cuartel, no. ¿No tengo millones? ¿No soy dueña de mí misma? Nadie puede impedirme seguir mi voluntad, puesto que a nadie me ato, ni nadie tiene derechos sobre mí. Por eso el cuartel también existirá, pues a partir de hoy todas mis ilusiones, mi dinero y yo misma, estaremos consagradas a una sola labor: organizar un club donde solo se permitirá la entrada a muchachas que piensen como yo, que no se hallen comprometidas y estén dispuestas a luchar contra el amor.

—¡Estás loca!

—Quizá.

Ambas amigas quedaron mirándola boquiabiertas.

—¿Es firme esa resolución?

—¿Cuándo no lo fue todo lo mío? Si queréis ayudarme, ya lo sabéis; si, por el contrario, censuráis mi modo de pensar y obrar desde hoy hemos terminado.

—¿Así?

—Así, Tue.

—Muy poco nos quieres.

—Te equivocas, Lauri. Os quiero con toda mi alma como no quiero a nadie más, puesto que no tengo a quien querer. Hasta ayer tuve a Laurence; hoy... sois vosotras las únicas que me quedáis. Pero también es cierto que no quiero forzaros; si amáis, continuad Me arreglaré sola.

Tue se aproximó más a ella, buscando los ojos claro que encontró impasibles.

—Hasta ahora no nos sentimos enamoradas, pero es muy posible que algún día lo estemos, y entonces tendremos que dejarte.

—Toda aquella mujer que se asocie a mi club jurará renegar de los hombres.

—¡Eso es imposible!

—No lo creas, Lauri.

—Ahora lo aseguras porque te hallas lastimada; mañana ya no pensarás así.

—¡Toda la vida!

Y las frases fueron acompañadas de una mirada fría y dura como si reflejaran un corazón seco e insensible.

Tue volvió sobre sus pasos, dejándose caer en el diván.

—Cuéntanos primero cómo ha sucedido —dijo, encendiendo filosóficamente un nuevo pitillo—. De todas formas, creo que te secundaremos; tiene que ser interesante...

—Se me antoja que tengo poco que contar. Sabéis muy bien que desde los dieciséis años quise a Laurence. Mientras vivió el padrino, ese amor estuvo oculto como si el querer fuera un delito... El padrino odiaba a Laurence, asegurando que solo buscaba mi dinero. Después de morir él, ya no fue preciso continuar ocultándolo, ya que me veía libre de tutela alguna... Laurence siempre insistió en que debíamos casarnos, cosa que refuté, pues ansiaba disfrutar de la vida siendo una chica soltera y sin compromiso serio que me atara para siempre. Los años fueron transcurriendo

uno tras otro, hasta que cumplí veinte. Hace unos días tuvimos una conversación seria, en la que le hice saber mi firme propósito de no ceder jamás mis derechos de mujer... Laurence pedía ciertas cosas a las cuales me opuse rotundamente, diciéndole además que no me casaría hasta tanto no cumpliera los veintitrés. —Hizo un gesto vago, añadiendo—: El resultado fue que esta mañana supe que, sin pensarlo dos segundos, se había casado con la hija de un rico comerciante... ¿Deseáis saber algo más? He comprobado que Laurence solo deseaba mis millones.

—Hace dos días te vi con él.

—Ayer aún; pero eso no quita —repuso con voz ronca y dura— para que ya tuviera madurado su plan de venganza.

Luego hizo un gesto de rabia y habló mucho rato de su club, de la organización del mismo, tanto que Lauri y Tue quedaron plenamente convencidas de que su amiga razonaba sensatamente y que el plan era el mejor.

—¿Me ayudaréis?

—Sí —afirmó Lauri.

—Ignoro dónde nos conducirá todo eso —dijo Tue, perpleja y un algo irónica—, ni el fin que alcanzaremos con ello, pero puesto que tú lo deseas, seremos tus dobles; trataremos de reunir a todas las chicas que quieran secundarnos, y hasta es muy posible que el club llegue a armar polvorilla entre nuestros amigos y en la alta sociedad a la que pertenecemos.

—Me tiene sin cuidado lo que puedan pensar. Siempre he obrado empujada por mi criterio, y hoy continúo obrando de la misma manera. El mundo con todos los seres que lo pueblan, me importa bien poco.

—¿Y cuándo será eso, Memi? ¿Cuándo vas a dar principio a la organización?

La respuesta salió rotunda de entre aquellos labios bonitos, plegados ahora en una mueca indefinible.

—Mañana mismo. El local será mi chalet de la playa; frente al Club Náutico. Iré a vivir allí durante todo el verano,

y quién sabe si parte del invierno...

Una hora más tarde, después de haber oído de labios de Memi el plan que la autora no creía descabellado, pero que a ellas les parecía más que eso, ambas subían al auto de Tue, al tiempo que Lauri comentaba:

—Creo, Tue, que esto va a resultar divertido.

—¿Y te resignas a permanecer soltera toda la vida?

—¡Ejem!

—Pues ese es el lema de Memi. Toda muchacha que se asocie al Club Femenino habrá de renegar de los hombres.

—Eso es algo difícil, Tue. Javier me gusta hasta rabiar.

—Pues ve odiándole ya.

—Se me antoja que no podré.

El auto corría raudos, atravesando vertiginosamente las populosas calles de aquella ciudad americana. Tue apretaba el pie sobre el acelerador, mientras que con los ojos fijos en la avenida conducía su pequeño vehículo en dirección al barrio aristocrático donde ambas tenían su residencia.

—Tendrás que poder, Lauri. O somos compañeras o no. Memi es una amiga fiel hasta la muerte mientras confía en la amistad; tan pronto comprueba que desapareció esta, o bien que le ha sido infiel, el cariño de Memi se borra para siempre. Ella es así, tanto queriendo como odiando.

—Muchas veces me pregunto cómo piensa y siente Memi en realidad.

—¿Y qué respuesta te das?

Lauri se encogió de hombros, dejando los ojos presos en la bella avenida que cruzaban.

—Ninguna. Jamás ha dejado de ser interrogante.

—Tal vez su forma de vivir, esa soledad que la rodea y los muchos millones que le dejaron sus familiares, no le permitan mostrarse tal como es, pues la soledad hace a las criaturas herméticas, frías, impersonales.

—Te equivocas.

—¿...?

—Impersonales, no, puesto que Memi, a fuerza de adquirir personalidad, pierde encanto femenino.

—No te entiendo.

—Memi es una mujer personalísima; lo que sucede es que tal vez por esa misma personalidad tan acusada en ella deja de razonar con el corazón, lo hace con el cerebro y como ese es fecundo e inmenso, llegará un momento en que dejará de ser una mujer que siente...

—No te entiendo muy bien, Tue, pero es igual. Pienso que todo eso hubiera desaparecido si un hombre —un verdadero hombre, no un muñeco como Laurence— fuera haciéndose dueño de su corazón, que aunque, hoy no lo creamos, tiene que ser maravilloso, pues hasta odiando es interesante y bella... Su corazón se le asoma a los ojos aunque no lo desee, y yo lo veo sensible y grande como un planeta.

—¿Es que el planeta es sensible?

—Bueno, eso lo digo yo, pero falta que, sea cierto.

—Así está mejor.

Durante muchos minutos permaneció así: quieta, la frente pegada al cristal, las manos cruzadas tras la espalda, los ojos presos en la densa oscuridad de la noche.

Miraba en derredor, pero nada veía... Pensaba nada más, y eso era suficiente para llenar su cerebro y su corazón; este se hallaba encogido, como si una mano recia se lo agarrotara, sosteniéndolo rígido y duro...

No pensó en Laurence. A través del ventanal penetraba callado un destello que la luna, con su cara redonda y seria, parecía enviarle generosa, iluminando su figura bella, haciéndola más exquisita bajo el disco nocturno... Tampoco se miró a sí misma, ni consintió en prender el pensamiento en el hombre falso que le robara mucha de su tranquilidad futura, pues algo más hondo se agitaba dentro de ella. Qui-

zá fuera un anhelo, y no comprendía que ese mismo anhelo procedía del desengaño que Laurence le proporcionara. Aquel anhelo, tal vez impreciso cuando penetró en el corazón de Memi, fue, según los momentos transcurrían, haciéndose firme y definido, mientras la noche seguía su curso y la luna infiltraba en su alma aquel deseo casi enfermizo que le atenazaba toda... «¡Pobres anhelos!», se dijo mentalmente la pensadora, mientras que en la oscuridad, tan solo ahuyentada por el disco nocturno, volvía a lucir la lucecita tenue de su cigarrillo.

«Anhelas lo que toda mujer —observó una misteriosa vocecilla a su espalda, tal vez la de su subconsciencia—. Un amor, un compañero que llene la soledad de esta casa inmensa».

—¡No! —repuso en alta voz, siguiendo el curso de sus pensamientos, pero sin alterarse ni permitir que su propia voz lastimara sus oídos—. ¡Eso ya ha muerto para mí!

«¿Estás segura?».

Tenía que estarlo, aunque no se hallara muy convencida de conseguir prescindir de aquello que hace infinitamente feliz a las criaturas. ¿Y qué era eso? ¡Ah! Lo ignoraba, puesto que cuando creía paladearlo, alguien vino tras ella, arrancando con saña la ilusión que en sus momentos de debilidad —ella los calificaba así— fuera muy íntimamente haciéndola a más de ilusión, deseo, un deseo casi desesperado de ser feliz, infinitamente dichosa. ¿Y qué había logrado? Un desengaño, una rabia sorda, cruel, un ansia loca de vengar la afrenta y luchar, no solo contra un hombre, sino contra todos, contra el mundo entero si fuera preciso.

Un criado, al otro lado del pasillo, rompió con su voz la meditación peligrosa de Memi:

—La cena está servida, señorita.

Irguióse despacio, caminando en derechura al comedor, donde como muchas otras veces se vería sola y callada en la inmensidad de aquella estancia lujosa que le hablaba,

aunque ella no le permitiera, de lo que era su vida y falta de cariño y de aliciente.

—¡Ahora ya no será así! —se oyó decir a sí misma—. Desde hoy tendré algo que me hará las horas maravillosas, y los días me han de parecer minutos.

Lo decía con la boca, pero allá dentro, en lo más recóndito de su corazón, algo protestaba observando que aquello no era cierto, no podía serlo, dada su ansia de ser feliz al lado de un hombre que la comprendiera, la quisiera y respetara... El Club Femenino nada de eso había de darle, puesto que se disponía a luchar a brazo partido contra el amor... Sin embargo, cuando el destino nos señala un camino... ¡De qué poco sirve intentar tomar otro! Ella había de hallar todo lo contrario de lo que buscaba.

Penetró en el comedor, yendo a sentarse ante la mesa inmediata, que le pareció aquella noche más grande que nunca. Miró ante sí, como si con el pensamiento interrogara al hombre que ella sentaba al otro lado... Tuvo que reír, allí no había nadie, excepto un estirado criado que esperaba sus órdenes... Otra clase de hombre jamás lo habría.

Y la voz importuna venía a molestarla de nuevo, poniendo en sus ojos aquel destello de ira que los hacía más grandes y más bellos.

Capítulo II

Kid Mescall, el joven director del periódico más famoso de la ciudad, giró en el sillón, mirando ceñudo al intruso que se atrevía a penetrar de aquella manera en su despacho particular.

—¿Qué sucede? —preguntó de mal talante, bajando las piernas de la mesa y quitando la pipa de la boca—. Esto parece un parque público, a juzgar por lo poco respetado que es. Di de una vez lo que se te apetece, y lárgate.

—¡Algo asombroso, jefe!

—¿De interés para el periódico? —preguntó, alzando una ceja, gesto en él característico—. Si es así, dílo inmediatamente.

James, el mejor reportero de la redacción, aspiró hondo como si tomara aliento.

—¿Terminarás, cuervo?

James no se asustó. Se hallaba demasiado acostumbrado a las voces de aquel genio imaginativo para amedrentarse ante el adjetivo poco delicado que le adjudicaba su inteligente jefe.

—¿Conoces a Memi Kassins? —espetó de corrido, dejando la extremidad izquierda reposando en el brazo de un sillón, y hundiendo las manos en los bolsillos de su americana sport.

El otro hizo un gesto indiferente, volviendo a acomodar los pies sobre la mesa del despacho y llevar a su boca, frun-

cida ahora en una mueca de burla, la pipa blanca que jamás dejaba de acompañarle.

—¿Te refieres a la excéntrica millonaria que corteja Laurence Gardner?

—La misma.

—Pues continúa.

—Laurence la ha plantado.

—Me alegro.

—¿Eh?

Por toda respuesta, Kid aspiró una acre bocanada, cuyas espirales contempló filosóficamente.

—Es la chica más extravagante que he conocido en mi vida —dijo, sin dejar de mirar su pipa.

—¿La has visto bien de cerca, jefe?

—¿Que si la vi? —arqueó una ceja—. Ni de cerca ni de lejos, ni quiero verla. Me es suficiente con lo que oí hablar de ella.

—Es una belleza.

—Completamente vacía.

—Eso...

—Lo digo yo, jamás me equivoco. —Luego, una transición rápida—. ¿Es eso todo lo que tenías que decirme? Pues ya lo sé. Lárgate y atiende la tirada de esta tarde. Me interesa la crónica que insertamos de Crew...

—¿Y la ruptura de la Kassins? ¿No se inserta nada de eso?

—¿Por qué? Me tiene completamente sin cuidado todo lo que pueda sucederle a esa señorita y al mentecato de su exnovio.

—Es un acontecimiento social.

—¡Cuernos coronados! —vociferó, chispeantes los ojos de coraje—. ¿Qué acontecimiento social ni qué niño muerto? Eso es... nada, sencillamente. ¡Lárgate!

James rio entre dientes. Tenía la seguridad de que cuando el enojado jefe estuviera al tanto de la reacción de Memi Kassins, no había de mostrar aquella indiferencia por